

COLECCIÓN ARIEL

Epítomes de Literatura Internacional, Antigua y Moderna

Número 41

San José, Costa Rica, C. A.

Setiembre, 1913

SUMARIO

- Samuel Velázquez. . . *Los once hermanos.*
- Diego Carbonell. . . . *El vegetarianismo y su trascendencia.*
- Samuel A. Lillo. . . . *Canto a la América Latina.*
- F. García Calderón . . *Derroteros pedagógicos.*

LOS ONCE HERMANOS

ESTO dice un grupo de beldades campesinas que avanzan por el camino real, mirando a la casa de campo de los once hermanos, un domingo por la tarde:

CAMILA.—A mí el que más me gusta es el tercero. Qué risa tan linda! Le suena como una dulzaina; pero me choca mucho la vieja.

INÉS.—A mí el quinto. Lo vi el otro día sujetando un toro, sin moverse; parecía un estacón de fierro. Qué sabroso será ser la mujer de un hombre así; el sudor le había pegado el pelo a la frente, y se le veía como

un encaje de sortijas negras. Tenía desabotonada la camisa y mostraba un pecho blanco y peludo, parecía un león imás hermoso! Casi se le va el toro, porque se descuidó diciéndome al pasar: — «Si así pudiera yo sujetarte, morena». Y respondí de modo que no me oyera: — «Ya te diera yo la soga, montañero provocativo». Sí, pero se me figura que su madre me la reventaría; ay, qué vieja más antipática.

SALOMÉ.—De veras, ¡qué señora tan odiosa! No sé por qué me choca tánto. Decías tú que te gusta el del toro? No seas simple, hija mía. Yo no cuadro con hombres que paralizan a una de un apretón y que no se dejan torcer con maña el bigote! El segundo, queridas, el segundo, que tiene un hablar como de gran señor, sin contar con que es el más buen mozo y el que sale más bien vestido a la ciudad.

ROSA.—Ay, chicas, a mí me desmaya el mayor, menos cuando va con el espanto de su madre al lado. Esos ojazos del hombre en que se le ven los montes, las talanqueras, las nubes y la honradez. Les aseguro que yo comiera sal en la mano de ese señor con mucho gusto.

ELISA.—Y no han citado el mío, digo... pues... el de su madre.

TODAS.—Cuál es?

ELISA.—Uno que hay ahí muy callado y que tiene el cabello más crespo que el de los otros.

TODAS.—Ah, mujer desabrida! Cabalmente, el único que tiene trazas de bobo.

ELISA.—De esa agua mansa líbralas, Dios mío! Que me pregunten a mí a qué sabe el pan que amasa el bobito aquel.

MERCEDES.—Es feo que no se haya casado ninguno; y la madre, que bien podría aconsejarlos, se está tan disimulada como cosa de niña bonita guardada por once dragones; sí, tan bonita que ni una noche de truenos.

CELIA.—Con seguridad que todos son unos perdidos.

INÉS.—O unos avaros.

LEONOR.—Si, señora; unos vagamundos.

JULIA.—Eso.

TODAS.—Y la señora Juanita, una vieja muy ridícula. Qué pensará hacer con once solterones?

Once hermanos uniformados por una belleza miguelangélica, de bustos anchos, cabellos rizados y caóticamente negros, brazos de relleno duro como un empedrado, pantorrillas de planos de hierro y pies grandes. Son blancos los once, de bigotes

imperiales y ojos tan semejantes los de unos a los de otros como entre sí las flores de una rama. La madre de todos ellos es una viejecita sumamente pequeña y de tan finas proporciones que al lado de cualquiera de sus hijos se ve al igual que un retoño al pie de un cedro gigante. De ella no heredaron los once más que los ojos, unos ojos enormes, ebrios de claridad y abiertos de honrada manera, porque todos miran horizontalmente. Del padre, que era un hermoso caso de fuerza y lozanía, heredaron eso y muchas tierras consteladas de ganados.

Muy temprano todos los días volteaba cada cual a su oficio y éste se las tenía con un potro levantisco y temblador en la llanura, quiénes destrozaban una selva, cataban los demás la llanada con un cerco.

Lo único en que la naturaleza no había puesto sus acentos vitales en este cuadro de amable ingenuidad era en que ninguno de los once había pensado en casarse, aunque recorrían la gradería de años que van de diez y ocho a treinta y dos. Lo que eran zalamerías y guasa con las muchachas no les faltaban y uno que otro topetón con los mozos del contorno por celos y repulgos de machos vibrantes; pero lo que era esmaltar el asunto de amor con la mano del cura,

nó, nó; y mientras tanto dale a la ternura con su viejecita reina.

A la oración se juntaban en el cuarto de la madre y ejecutan aquí una labor, rasguean cuerdas más allá, conversan los demás, se les iba la noche en plácido esparcimiento, hasta que a una señal de la anciana callaban todos y brotaba el rosario fresco y armonioso como el balanceo de un cañaveral al viento. Componían los once hermanos al responderle a su madre en coro, uno como armonium religioso en que voces de bajo profundo a dúo con otras argentinas y juveniles, timbradas todas, iban siguiendo obedientes el acento trémulo de la viejecita. Los once hermanos rezándole a la Virgen eran once leones embelesados con un armíño; más de una docena de columnas de piedra agrupadas para sostener una golondrina. La amante plegaria se iba regando en las ondas del viento y pasaba triunfante por sobre el mugido ardiente de los toros, el enamorado chispear de los cocuyos y el rumoreo de alas y cantos con que el amor de la carne seduce entre el misterio tolerante de la noche.

EL MAYOR.—Decididamente habéis pensado en no casaros? Al primero que lo haga le regalo cincuenta novillonas.

